



*Este documento es una síntesis parcial de la visión de la **Marcha Mundial de las Mujeres** sobre el contexto internacional, redactado como un insumo para la **preparación del Encuentro Internacional** que tendrá lugar los días **29, 30 y 31 de octubre de 2021**. Se añadirán aspectos regionales más detallados, basados en los procesos de preparación de cada región.*

Breve caracterización del contexto actual

El contexto internacional está marcado por una ofensiva conservadora y neoliberal sobre la vida, los territorios y el trabajo. En los últimos años, se impuso la austeridad fiscal en la mayoría de los países, desmantelando e imposibilitando las políticas redistributivas y de bienestar y reforzando el poder del mercado sobre todas las esferas de la vida. Esta ofensiva neoliberal ataca incluso a las democracias liberales, fortalece los autoritarismos y el conservadurismo, intensificando el control sobre los pueblos, en particular sobre las mujeres, el pueblo negro, los pueblos originarios y las personas migrantes en general.

La extrema derecha se vale de la desconstitución de la política como herramienta para impulsar su ascenso en medio de la crisis de los partidos de centro y/o de derecha. Uno de los temas recurrentes son las bravatas críticas a la corrupción, lo que ya resultó en la asunción, en muchos lugares, de figuras consideradas "antipolíticas", que defienden discursos nacionalistas y conservadores mientras que efectivamente llevan a cabo políticas absolutamente neoliberales. Hay una intensificación del fascismo y el racismo, del control sobre la sexualidad y los cuerpos de las mujeres, de la criminalización de los cuerpos disidentes. Se han producido ataques y golpes contra gobiernos con proyectos más distributivos, una profundización de las guerras híbridas, una mayor ofensiva en los bloqueos económicos, como los que se imponen a Venezuela y Cuba.

Las grandes ganadoras de este modelo son las empresas transnacionales y el sistema financiero en el que se concentra el poder de la burguesía. Los grandes grupos económicos acumulan todos los beneficios producidos, desde la extracción de materias primas hasta la producción y distribución de bienes y servicios. El poder corporativo controla el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, la Organización Mundial del Comercio y, cada vez más, las Naciones Unidas, además de disponer de numerosos instrumentos para hacer que los Estados trabajen y destinen sus recursos en función de los beneficios y no de la vida de los pueblos. Los tratados de libre comercio e inversión y los paquetes de "ayuda" que generan deuda a los Estados y condicionan sus políticas son algunos de los principales ejemplos.

Esta dinámica del sistema capitalista busca responder al agotamiento progresivo del neoliberalismo y a la pérdida en las tasas de ganancia. El capital avanza violentamente sobre los territorios, introduciendo cada vez más la naturaleza en el circuito de la financiarización. Hay una fuerte inversión de capital corporativo que se basa en la compra de deudas, cuyos bonos aumentan a medida que se retrasa su recuperación en el mercado financiero. Eso produce un mercado especulativo que provoca inestabilidad y debilita las economías dependientes como consecuencia de los llamados capitales volátiles.

El proceso de endeudamiento de los países del Sur los pone en una situación extremadamente difícil que, en el caso de África, se suma al enfrentamiento contra el terrorismo en Malí, Burkina Faso y Mozambique. Todas las economías dependientes son impactadas por esa volatilidad, que actualmente va acompañada de una nueva geografía de la industria. La productividad aumenta con la oferta masiva de mano de obra con bajos salarios y el desarrollo de la alta tecnología. Países asiáticos como China, Tailandia, Filipinas y Bangladesh sufren catástrofes en sus talleres, como el desplome del edificio Rana Plaza el 24 de abril de 2013, que provocó la muerte de cientos de trabajadoras y trabajadores en Bangladesh.

Parte de esta dinámica son los importantes cambios en la geopolítica derivados de la competencia entre los Estados Unidos y China, que también se debe analizar desde el fortalecimiento de la Unión Euroasiática.

Las empresas del sector de tecnología e internet son las que más enriquecen con los datos que producen las personas en su vida cotidiana, ya sea cuando están conectadas por teléfonos móviles y redes sociales, o en las ciudades llenas de sensores y cámaras de vigilancia y en los territorios rurales mapeados por las empresas del agronegocio, que digitalizan sus formas de control en la llamada "agricultura 4.0". Bayer-Monsanto sigue siendo la precursora del ataque permanente a la producción campesina. Hoy el 80% de los datos extraídos, almacenados y analizados en todo el mundo son propiedad de cinco grandes empresas que determinan la vigilancia, el control y la precarización del trabajo: Microsoft, Apple, Alphabet (Google), Amazon y Facebook. A su vez, esas empresas invierten significativamente en otras empresas-plataformas, las aplicaciones (*apps*).

El vínculo entre las corporaciones y los gobiernos revela el mantenimiento y la actualización del colonialismo entre los países del Norte y del Sur global. Vemos la ofensiva de las empresas transnacionales para destruir las democracias, desestabilizar los países política y socialmente, profundizar la pobreza, así como los autoritarismos que acompañan al autoritarismo de mercado. Para garantizar tal dinámica, los tratados de libre comercio e inversión renuevan las relaciones coloniales de explotación de los territorios.

Son relaciones que se articulan para controlar a los seres y sus modos de vida de manera cada vez más violenta, basándose en la agroindustria, las empresas farmacéuticas, nuevas tecnologías de datos y la inteligencia artificial. Al controlar las estrategias de comunicación y marketing, las corporaciones se apropian de las agendas de los movimientos y usurpan nuestro lenguaje para encubrir sus proyectos de muerte.

Esos proyectos llegan a los territorios no sólo bajo el nombre de las empresas transnacionales, sino también de las ONG que se alinean al discurso del capitalismo verde y su lógica de compensación ambiental. Según la lógica que se emplea hoy en día, cuanto más escasa sea la naturaleza, cuanto más pobres sean los suelos, mayor será el valor de sus bonos "verdes" negociados en el mercado financiero. Así también se acentúa la disputa por la soberanía alimentaria ante la ofensiva del agronegocio y la industria de los supermercados, impulsada por organizaciones internacionales como las Naciones Unidas. Durante la

pandemia, asistimos a la apropiación del debate sobre la alimentación sana por el neoliberalismo y sus grandes cadenas a costa de la desvalorización de la agricultura campesina y familiar. Sustituyen las personas por máquinas y los que siguen trabajando en el campo lo hacen de manera informal, intermitente y peligrosa, con altos riesgos a la salud debido a la exposición a los pesticidas.

El modo cómo nos alimentamos está en disputa y cada vez más se orienta por una lógica que determina que la comida tiene que ser cada vez más cómoda, rápida y procesada. En este contexto, la agroecología se hace necesaria como una apuesta, una práctica, una ciencia y un movimiento de mujeres y campesinas y campesinos. Con la agroecología, apostamos por conocimientos, tecnologías, formas de habitar y cuidarse mutuamente que se establecen en una relación de interdependencia y ecoddependencia que no está condicionada por la explotación del capital.

Las empresas transnacionales también son las responsables por el aumento de la pérdida de biodiversidad cuando determinan qué especies, variedades o partes de las plantas tienen valor de mercado y se pueden utilizar. Además, el monocultivo hace que el suelo sea inviable para otros cultivos. En las ciudades, hay un proceso de gentrificación generalizado, que avanza incluso hacia regiones donde ya había una amplia conquista del derecho a la vivienda, como en los países europeos.

En la cadena de suministro de la industria textil, por ejemplo, la violencia de las corporaciones contra la vida se hace visible desde el monocultivo que produce el algodón, en los corredores logísticos que invaden los territorios indígenas y ancestrales y expropián a los pueblos, hasta las precarias condiciones de trabajo en las grandes tiendas departamentales. Las cadenas de suministro capitalistas son cadenas de muerte y destrucción, y eso no se limita a la industria textil.

Para las corporaciones, el feminismo y la defensa de la naturaleza se convirtieron en una forma de colorear de violeta o verde el capitalismo. Especialmente ahora, con la pandemia y la conciencia global sobre el cambio climático, intentan vender falsas soluciones y alternativas, mientras que su objetivo sigue siendo generar beneficios.

El control, la vigilancia, precarización y devaluación de los salarios son algunos de los resultados del ataque a la protección social. Y así las empresas se aprovechan para imponer nuevas formas de organización laboral: el teletrabajo, con recursos propios de los trabajadores y trabajadoras, desigualdad en el acceso a los recursos para trabajar desde casa y en la protección de quienes no pueden trabajar desde casa, además de promover el discurso del emprendimiento como una falsa solución para la autonomía financiera.

Para garantizar sus políticas, las derechas incrementan la militarización y el uso de herramientas de control estatal al aumentar la vigilancia social, prohibir las protestas y acciones comunitarias, criminalizar los movimientos sociales y reforzar los sistemas policiales y militares en las zonas fronterizas, lo que se traduce en la intensificación de los conflictos.

El racismo y la criminalización de la migración tienen un fuerte impacto sobre los pueblos y comunidades ancestrales, como los pueblos indígenas y afrodescendientes, y también sobre las mujeres migrantes. La violencia en la dinámica de migración y refugio es múltiple, tanto para los que consiguen permanecer en el país de acogida como para los que son deportados. Muchas personas son expulsadas a la fuerza del país al que migraron, y cada deportación supone una separación brusca de una familia o comunidad.

Los ataques contra los cuerpos de las mujeres engloban diversas dimensiones, como la restricción de los territorios, el incremento de la violencia y el control, la imposición de normas y la maximización del consumo y también la continua disciplina, siempre marcada por las relaciones de clase y raza. Forman parte de estos mecanismos de control la continuidad y actualización de los valores conservadores, muchos de ellos religiosos y patriarcales, en todo el mundo. Esta nueva ola conservadora controla la libertad y la

autonomía de las mujeres y nos impone la responsabilidad exclusiva del trabajo doméstico y de cuidados, mientras se desmantelan las políticas de reproducción social.

En los territorios del Kurdistán, Líbano, Marruecos, Palestina y Túnez, la opresión contra las mujeres y sus pueblos toma la forma del apartheid y de la colonización, restricción de derechos políticos y de ciudadanía, desplazamiento forzado y especulación inmobiliaria urbana, como en el caso del Líbano tras la explosión en Beirut.

Al mismo tiempo, tal control tiene un pilar más, lo que llamamos neoliberalismo de la diversidad, que consiste en la intensificación de valores liberales e individualistas y el aumento de la jerarquía entre las mujeres en lo que respecta a los ingresos y el empleo. Este "empoderamiento individual" es una expresión más del maquillaje lila del neoliberalismo.

Resistir ante la pandemia

La emergencia de la pandemia de COVID-19 se produjo en el marco de un profundo ataque a los pueblos y de agudización del conflicto capital-vida. El duelo, el control y las medidas de distanciamiento social (incluso con diferentes alcances entre el norte y el sur) alteraron rápidamente la dinámica económica y social.

En los primeros momentos de la pandemia, surgieron diversos debates sobre temas y cuestiones que hasta entonces estaban limitados a ciertos sectores, especialmente a los movimientos sociales. Se hicieron más visibles la desigualdad social, la violencia contra las mujeres, el trabajo doméstico y de cuidados, la necesidad de servicios de salud pública y políticas de protección social, el tema de la alimentación y el racismo.

Se evidenció el carácter destructivo del capitalismo ante los impactos de la pandemia, ampliando el debate sobre la necesidad de defender la vida y lo que es realmente imprescindible y problematizando la oposición entre la economía y la defensa de la vida. Esta cuestión nunca ha sido ni será algo menor, ya que los empresarios no han dejado de presionar para poner fin al aislamiento social y al acceso a los recursos del Estado. Una y otra vez escuchamos el argumento de que el número de muertes no justificaba la paralización de la economía, sobre todo porque la mayoría de los que fallecían eran ancianos y que "*se mueren los que tienen que morir*". Eso nos da una muestra de la crueldad y el desprecio por la vida humana, incluso a través de discursos higienistas y eugenistas.

A medida que avanzaba la pandemia sobre los países del sur y la población más pobre, la situación se hizo mucho más grave debido a la insuficiencia de las políticas de emergencia, la imposibilidad de aislamiento social para la mayoría y, sobre todo, las malas condiciones de infraestructura de los servicios sanitarios, del suministro de agua y la escasez en los países que dependen de las importaciones de alimentos.

La pandemia aumentó la carga de trabajo de las mujeres en el hogar, pero también se amplió el abanico de trabajos fuera del hogar que desempeñan las mujeres, en gran medida las mujeres racializadas. Eso resulta de la división sexual y racial del trabajo, según la cual las mujeres son mayoría en las tareas que no se pueden interrumpir, como la atención primaria y los demás servicios de salud o en el comercio minorista, etc. Las mujeres constituyen la mayoría de las personas que trabajan en la salud y enfrentan la pandemia diariamente con intensas jornadas de trabajo y falta de equipos de protección.

Los continentes están convulsionados y hemos sufrido miles de muertes, la mayoría de ellas concentradas en los Estados Unidos, Brasil e India, que ya cuentan con más de medio millón de muertos en cada uno de esos territorios. En menor medida, otros países de Asia, América y Europa han tenido que soportar la muerte de miles de personas en condiciones precarias e inhumanas porque sus gobiernos no quisieron o no pudieron aplicar medidas sanitarias adecuadas a la gravedad de la situación.

Las diferentes posturas de los gobiernos frente a la pandemia demostraron que no se trata de una catástrofe natural, sino de las condiciones concretas de cada la población para que se garanticen sus necesidades y que se destinen los recursos y acciones para minimizar y contener la pandemia. La administración desastrosa de los gobiernos negacionistas como los de Trump y Bolsonaro se ha hecho evidente. Por otro lado, muchos gobiernos de países con poca infraestructura para garantizar las pruebas, el tratamiento y la hospitalización han actuado con una propuesta rígida de aislamiento social, incluyendo el uso de la violencia. Eso estuvo y está muy presente en los gobiernos que se aprovechan de la situación para controlar a la oposición que es contraria a sus políticas neoliberales.

La industria farmacéutica se beneficia y controla las respuestas a la pandemia y el acceso a las vacunas, algo que debería ser un derecho. Las empresas transnacionales se benefician del virus al igual que Bayer-Monsanto que producen venenos que enferman a la gente mientras trabajan en la producción de soluciones médicas para la cura. El sistema COVAX, creado por la Organización Mundial de la Salud con el apoyo de fundaciones corporativas, se consolidó como organizador del reparto de vacunas, medicinas y otros insumos para el diagnóstico y la contención de la pandemia. Sin embargo, no son los Estados los protagonistas de esos procesos de decisión, sino las empresas transnacionales, que privilegian sus intereses en detrimento de la soberanía de los pueblos.

Eso es lo que identificamos como la captura corporativa de las organizaciones multilaterales. Mientras el acceso a las vacunas esté determinado por la capacidad económica, no habrá derecho a la salud. Hay países, como los de África, que se están endeudando cada vez más para comprar vacunas, lo que genera aún más inestabilidad económica y precarización de la vida. Por esa razón, la eliminación de las patentes está en la agenda de las mujeres y de los movimientos populares que reclaman la distribución de vacunas en función de las necesidades del pueblo. Considerar la salud como un derecho y no como un negocio es precisamente lo que permitió responder a la pandemia desde la soberanía de los pueblos. Cuba, pese al bloqueo económico que sufre desde hace décadas por parte de los Estados Unidos, logró desarrollar y producir su propia vacuna.

También se ha utilizado la pandemia como excusa para aumentar la militarización de los territorios y la criminalización de los movimientos sociales, para abrir aún más las puertas al poder de las corporaciones transnacionales y las deudas, para atacar las democracias y ampliar el control que ejercen las tecnologías de vigilancia sobre nuestras vidas, nuestros territorios, nuestro trabajo. Se trata de un sistema que pretende que lo sirvamos en silencio, desmovilizadas y sobreexplotadas. Por eso nos atacan cuando luchamos por nuestros derechos y nuestra autodeterminación. La militarización de los territorios también está al servicio del discurso higienista para violentar y matar a ciertos grupos, y va unida al discurso de la "guerra contra las drogas" y a los valores patriarcales y fundamentalistas religiosos que promueven la demonización, el racismo y la xenofobia hacia los pueblos y comunidades ancestrales, migrantes, mujeres y niños.

En el feminismo, las mujeres cuestionan el capital

Hay un proceso de expansión del feminismo en todo el mundo, ya sea en acciones y movilizaciones o presente en el debate en las redes sociales. Ese proceso está marcado por la participación masiva de jóvenes y mujeres de los sectores populares. Una primera cuestión que cabe destacar es la formulación de la imbricación de las relaciones de clase, el heteropatriarcado, el racismo y el colonialismo y también cabe destacar que esas dimensiones ni siempre se expresan de modo consistente en las agendas políticas,

limitándose muchas veces a discursos abstractos. También hay sectores que siguen apostando en vertientes segmentadas con reivindicaciones sectoriales o temáticas.

El pensamiento neoliberal también se ha instalado en sectores de los movimientos sociales y feministas, centrado sobre todo en el discurso del empoderamiento individual, como ya mencionamos en el caso del "maquillaje lila", pero que también se hace presente en los discursos institucionales que acompañan las dinámicas y vínculos con las agencias de financiamiento que incentivan a los movimientos a convertirse en ONG, sobre todo en el norte global, mientras que en los países del sur se refuerza el espíritu misionero a partir de nuevas formas de colonialidad. Esta compleja dinámica de dependencia de los fondos genera, en consecuencia, la pérdida de autonomía de nuestros movimientos.

Desde los sectores que conforman el feminismo popular, del que forma parte la MMM, podemos afirmar que, a pesar de las nuevas dinámicas impuestas por la pandemia, seguimos movilizándonos contra los ataques del imperialismo, contra la militarización y los intentos de destruir la soberanía de los pueblos y criminalizar a las y los luchadores sociales. En esta agenda se incluyen la denuncia de las prisiones políticas, el rechazo a las políticas de los gobiernos que violan los derechos de los pueblos y también los bombardeos imperialistas permanentes en territorios como Siria. En todo el mundo, las mujeres luchan contra la militarización y la ocupación de territorios, y se solidarizan con sus compañeras venezolanas, palestinas y saharauis, que resisten cotidianamente a los bloqueos, las sanciones y la violencia.

La conformación de un campo de feminismo popular y antisistémico es una tarea de la Marcha Mundial de las Mujeres desde el principio, que nos conecta con la historia del feminismo. Si recuperamos la historia del 8 de marzo podemos encontrar una memoria de lucha de fuerte oposición al capitalismo. A principios del siglo XX, las mujeres ya señalaban su comprensión acerca del capitalismo como un modelo que busca expandirse por todos los territorios con su carácter colonialista, racista y de subordinación de las mujeres y, por tanto, patriarcal.

El 8 de marzo es la principal fecha del movimiento de mujeres y debemos reflexionar sobre su significado y su vocación por construir un feminismo popular y antisistémico. Si partimos del proceso de organización de las mujeres, desde principios del siglo XX hasta ahora, podemos ver que hemos recuperado gran parte de la historia de las mujeres, de lo que han sido nuestras luchas de resistencia al capitalismo y al colonialismo en nuestras regiones y territorios. También vemos que el proceso de construcción feminista se ha vuelto más complejo, ampliando la perspectiva de transformación.

Es importante reconocer que en el movimiento feminista hubo conflictos y distintas miradas sobre las relaciones de clase y el lugar de la lucha por la igualdad de las mujeres en las transformaciones sociales o, más tarde, las tensiones por una mayor incorporación de la dimensión racial y la sexualidad. Pero a partir de estas lecciones se formó una visión amplia de los retos para la construcción de la igualdad de las mujeres en un mundo marcado por la complejidad de las relaciones de explotación, opresión y dominación y por una gran variedad en la formación social de los distintos pueblos. La organización de las mujeres trabajadoras se impuso como parte del desafío histórico de la autoorganización y la autoemancipación de las mujeres, al afirmar que es fundamental formar parte de un movimiento global de la clase trabajadora en la búsqueda por transformación.

Dividirnos y fragmentarnos en base a las identidades es una estrategia del capitalismo, que ataca precisamente la principal dimensión que necesitamos mantener como pueblos de la clase trabajadora, que es la unidad en nuestra diversidad para poder garantizar la pluralidad sin perder la dimensión de clase. Cada vez que se pierde la dimensión de clase, nos volvemos más vulnerables a los ataques del capitalismo.

Al rechazar la fragmentación de las identidades, presentamos nuestra constitución como sujetos políticos desde donde estamos: desde el movimiento de mujeres, el movimiento campesino, el movimiento negro, el movimiento ecologista, nuestros cuerpos y sexualidades disidentes, nuestros territorios, los partidos políticos de izquierda. Nuestra constitución como sujetos políticos y protagonistas de nuestra historia es lo que nos da el hilo conductor de un proyecto de transformación.

Fortalecemos la perspectiva de la organización permanente de las mujeres, que es lo que sostiene el movimiento y nos permite lograr transformaciones reales, profundas y radicales. El feminismo no es sólo una “narrativa” diferente. Es un movimiento popular, colectivo, en acción. El feminismo señala la contradicción irreconciliable entre la acumulación de capital y la sostenibilidad de la vida. Nos planteamos la tarea de cambiar el mundo y la vida de las mujeres en un mismo movimiento, capaz de poner la sostenibilidad de la vida en el centro.

Hoy vivimos un momento muy singular en el mundo como mujeres, más allá de lo que ya reconocemos como militantes, como constructoras del movimiento de mujeres y de la lucha ampliada de las mujeres desde el feminismo popular. En el seno de los movimientos sociales y sectores que luchan contra el capitalismo, se está ampliando el reconocimiento de cómo, dentro de la clase trabajadora, las mujeres estamos cada vez más bajo el ataque de la explotación y el control capitalista. Por lo tanto, no hay manera de constituir una política antiimperialista y anticapitalista sin incorporar el feminismo y su lucha antipatriarcal, antirracista y anticolonial.

Nuestras reivindicaciones pasan también por la lucha contra el hambre, contra el genocidio, contra todas las guerras y la tiranía del autoritarismo del mercado, y estamos seguras de que seremos millones en la lucha por la defensa de la sostenibilidad de la vida. Cuando hablamos de la sostenibilidad de la vida, hablamos de la igualdad y la armonía entre los seres humanos y la naturaleza.

Nuestros últimos pasos y desafíos

En octubre de 2020, la Marcha Mundial de las Mujeres cumplió 20 años de resistencia y clausuró su 5ª Acción Internacional reuniendo virtualmente a mujeres de todo el mundo para fortalecer las estrategias de lucha y construir alternativas globales. [De ese proceso resultó la sistematización de cada región: África, Europa, Asia y Pacífico Sur, Medio Oriente y África del Norte, las Américas](#). Luego después, el contexto de la pandemia nos hizo crear nuevas formas de hacer nuestras acciones, aprovechando lo que las herramientas de internet nos permiten hacer, con comunicación y conexión entre nosotras.

Además, desde el año pasado estamos construyendo junto con Grassroots Global Justice, Grassroots International e Indigenous Environmental Network el proceso de la Escuela Internacional de Formación Feminista "Berta Cáceres". Entre abril y julio de 2021, la primera edición de la Escuela reunió a compañeras de todo el mundo en un intenso proceso de formación feminista para la organización y movilización. Ha sido un espacio donde profundizamos y ampliamos nuestro debate sobre la economía feminista como proyecto político que nos permite articular propuestas alternativas en defensa de la vida.

Otro proceso de gran impacto en la conexión de nuestras luchas está relacionado con nuestra comunicación. La descentralización de la comunicación internacional a Brasil nos ayudó a reanudar el papel de la comunicación y ampliar la visibilidad de la Marcha, así como el diálogo con otros movimientos para construir contenidos y campañas de interés común.

Como parte de esta estrategia, hemos creado el portal [Capire, una herramienta de comunicación feminista online creada a principios de 2021](#) para conectar y ampliar las voces de las mujeres en movimiento, visibilizando sus luchas y procesos organizativos. Se trata de una iniciativa de la MMM en diálogo con mujeres de movimientos aliados, como La Vía Campesina y Amigos de la Tierra Internacional.